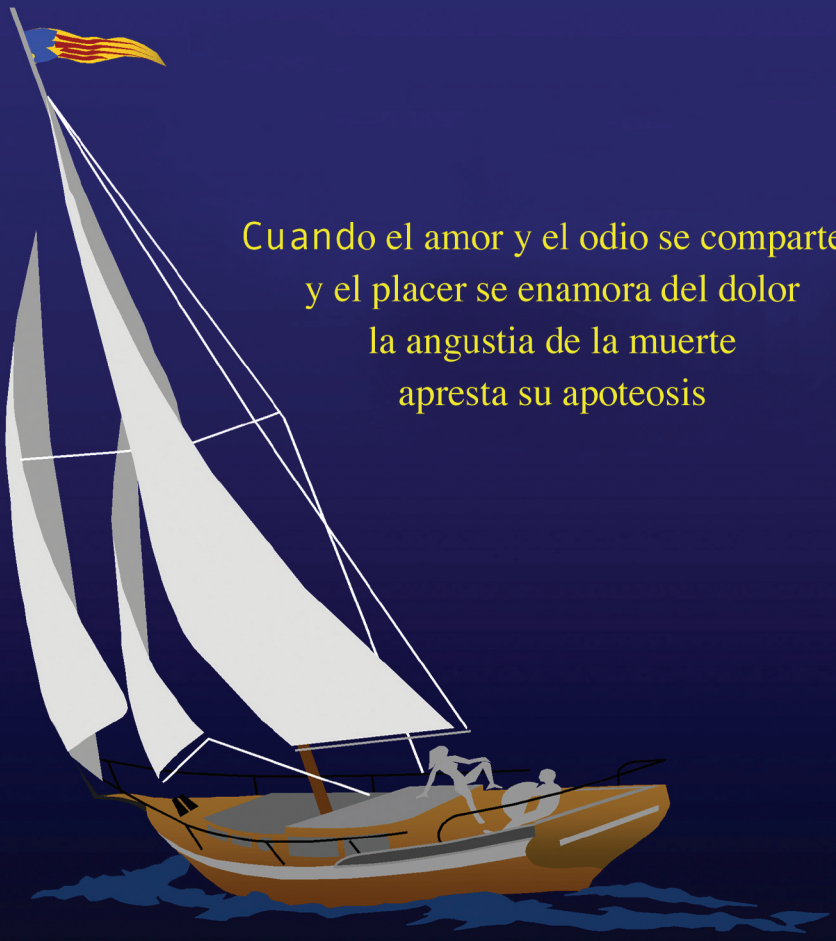
Por propia decisión



Cuando el amor y el odio se comparten
y el placer se enamora del dolor
la angustia de la muerte
apresta su apoteosis

Lorenzo
Xaixo Roselló

POR PROPIA DECISIÓN

LORENZO XAIXO
ROSELLÓ

POR PROPIA DECISIÓN

Por Decisión Propia
© Lorenzo Xaixo Roselló
© Editorial Vision Net
Avenida de Asturias S/N Impares Semiesquina a Plaza Castilla
28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696
url: www.visionlibros.com
ISBN: 978-84-9770-866-0
Deposito legal: M-
Diseño base cubierta: © Vanessa Bejarano García.
bejaranovanessa@visionnet.es
Impreso por Grupo Corporativo Visionnet.
Cuatro Amigos 5 Posterior 28029 Madrid (España)

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Por propia decisión

© Lorenzo Xaixo Roselló 2001

A mis hijos: Lorenzo y Virtudes
A mi mujer: Amparo Cortés

Cuando el amor y el odio se comparten

y el placer se enamora del dolor,

la angustia de la muerte,

apresta su apoteosis.

PROLOGO

Una suave brisa de tramontana que se coló por entre las gordas alzaprimas de aquella angosta ventana, despertó a Celia de la última de sus pesadillas devolviéndola a la vida real. Estaba otra vez allí, o quizá ni siquiera se había ausentado. El viaje a través del sueño, había sido esta vez demasiado largo. Lo deducía por la humedad de la sábana, que esta vez, más que húmeda aparecía empapada. Ella no quería viajar tan largo, pero era la única forma que conocía para salir de allí. El sueño, siempre el mismo y nunca agradable, la transportaba al pasado y la hacía volver a vivir de nuevo. Aquel trance, que un día marcó su vida emborrachándola de razón suficiente y que decidiría sin contemplación su destino, se le representaba a cada vez con más frecuencia. Era lo que le correspondía. Sabía y muy bien en su momento, que no debería haber obrado así, pero continuó hasta el final y aunque demostró su impunidad, no logró vencer en ningún momento, la más fuerte de las justicias, su propia conciencia.

I

EN AQUEL PUEBLO

En aquel pueblo habían veinticinco chicas de la edad de Celia. Estaban contadas, pues iban todas a la misma clase y todavía sobraban cinco pupitres. Celia tenía "Martín" de apellido y como tal, tenía derecho a sentarse en el centro del aula, pues el orden se ajustaba alfabéticamente, aunque en el caso de Celia era diferente. A ella, se la había sentado en último lugar, debido a su volumen físico. Allí podía moverse mejor, porque aprovechando que sobraban sillas, se procuraba para ella sola un pupitre entero y en el que solía abatir los dos asientos para sentarse en el centro. Para ello se colocaba un cojín que llevaba preparado aparte, en el neceser donde su madre le metía el bocadillo para el recreo.

A Celia no le importaba demasiado, pues había asumido perfectamente el ser diferente. Su madre ya lo era y ella era su calcomanía. Desde muy

pequeña, su madre y su padre ya la iban mentalizando para ello, pues el hecho que estuviera así, se debía a un trastorno hormonal congénito del que aún no se conocía el tratamiento y no a ningún hábito en la alimentación con excesos de comida como norma general. Quizá su madre y ella lo que se dice comer, comieran menos que otras personas de peso y aspecto físico normal, pues tenían muy asumida su forma física y procuraban cuidarse al máximo, controlando los abusos en las comidas, así como la ingestión de dulces y salados.

Ni a su madre ni a ella les preocupaba demasiado el control del peso; no solían controlarlo. Antes Celia si que lo hacía, pero al ver que no tenía ninguna posibilidad de acercarse ni siquiera al físico de sus amigas, ya no hacía caso. Se controlaba a ojo y sus referencias eran las tallas de los vestidos que casi siempre hechos a medida, completaban su ajuar.

Celia era hija única y por tanto el centro de atención de sus padres, que ya se casaron tarde. Su madre también tuvo los mismos problemas en su juventud y tardó, quizá demasiado en encontrar un hombre que la quisiera tal como era y sin desear cambiarla.

El simple hecho de ser así no le repercutía

en absoluto a la hora de desarrollar los temas del colegio, en los que era una de las más adelantadas. Ella notaba cierto recelo en sus amigas, cuando después de haber salido a la pizarra, —el profesor casi siempre la llamaba a ella primero— desarrollaba el tema que había redactado con una soltura inusual, mejorando día a día sus trabajos. No es que fuera más inteligente que las demás chicas —por no desmerecer a nadie— pero eso sí, demostraba mucho más interés en los deberes que mandaba la maestra, pues no salía tantas veces después del colegio en los atardeceres y dedicaba más tiempo al trabajo escolar. Le gustaba estudiar y solía afanarse en ello. Desgraciadamente tenía que oír demasiadas veces:

¡Otra vez un sobresaliente "para la gorda" esta!

Ya lo había oído alguna que otra vez, pero no contestaba a nadie, le daba igual quien lo dijera. A veces le repercutía muy intensamente y más cuando se trataba de alguna de las que ella consideraba más sinceras. La verdad, es que no había ninguna que tuviera demasiada amistad con ella tampoco, aunque había seleccionado a tres, con las cuales solía intimar algo más. En diversas ocasiones había salido por las tardes con Elena, María y Josefa;

eran las más arrimadas, aunque también le daban de lado cuando tenían algún convoy con los chicos de "Segundo Grado" que las citaban para llevárselas con las motos a pasearlas e intentarlas toquetear un poco. A Celia no la llamaban para no llevarla con ellas, pues a los chicos no les hacía gracia y además no podía montar en la moto de paquete. Ella lo sabía, pero comprendía el motivo y después de deprimirse un poco volvía a su estado normal, auto-compadeciéndose y tomándoselo relativamente cómico, riéndose a solas de ella misma. Pensaba: ¡Cómo algún día se le ocurra a alguno de estos mamarrachos subirme en la moto, se la voy a despachurrar! Aunque Celia solía tomarse esta clase de cosas a la torera, como una forma muy personal de auto-comprensión y defensa, nadie sabía que algunas noches las pasaba llorando. "No es ningún defecto". Se repetía, mirándose al espejo desnuda, y se auto-convencía, aunque añoraba tener un cuerpo que le permitiera correr y saltar como las otras; estaba mentalizada de ser como era, pero no podía a veces controlar sus lágrimas. Sabía que su madre también había llorado en su intimidad, aunque siempre estuviera indicándole lo contrario.

Como buena hija de su madre, Celia se fi-

jaba mucho en la tersura de la piel de sus amigas y las tenía a todas catalogadas. Ella presumía de tener una piel muy blanca y suave al contrario que Elena por ejemplo, que tenía muy buen tipito pero una piel muy morena y tosca; María sufría de acné profundo y tenía la cara muy marcada entre otras cosas y Josefa era muy velluda y sus trazas no eran demasiado femeninas. Esto, a Celia le compensaba la gordura y ya no se sentía tan diferente. Pues bien, ella creía que cada uno era como Dios lo había creado y defendía su postura muy firmemente, sólo se disgustaba de no poder participar en algunas actividades. También tenía el don de ser muy curiosa y limpia en su aseo personal, y de ello presumía todos los días cuando iba al colegio, pues al pasar por delante de los chicos notaba que éstos la miraban, la olían y disfrutaban de ello llenando sus pulmones del aire perfumado que dejaba de rastro. Todos los días se duchaba y peinaba su larga cabellera negra que recogía con una goma en la nuca; se perfumaba con las colonias que su madre le compraba y lucía sus vestidos bien limpios y planchados con una elegancia sin igual; era muy femenina y lo demostraba a cada paso que daba. Los chicos cuchicheaban cuando pasaba por delante de ellos: ¡Qué bonita y lim-

pia es Celia, si no fuera por su gordura!

Nunca había tenido prisa en lo de los novios, Celia sabía que algún día se le acercaría un hombre que la quisiera en serio y no reparara en su gordura y esperaba ese instante muy convencida que sucedería en cualquier momento. Se consideraba igual o más mujer que cualquier otra y lo era de verdad. La tontería —pensaba— que tienen estos mamarrachos ahora, se les disipará algún día, cuando por elegir a su nena con buen tipito, tengan que aguantarle sus formas y sus olores y terminen mandándola a paseo. El que por el físico se guía, suele salir escaldado, aunque estos chavales todavía no reparan en ello, —razonaba.

En cuanto a lo de ser mujeres, Celia ya había tenido su primera regla, era algo mayor que sus amigas más arrimadas. A María se le habían presentado dos muestras pero eran falsas y era la más adelantada de las tres, pues Elena y Josefa todavía no habían ni notado los síntomas.

A Celia le gustaba mucho leer y pasaba muchísimas horas leyendo obras de cualquier tema. Igual se introducía en el mundo del crimen, como en relatos de miedo, acción, etc. Debido a ello tenía mucha imaginación y disfrutaba comentando episo-

dios y paradojas de las novelas que leía con las amigas, cuando pasaban un rato juntas por sugerencia de las mismas, que se lo pedían continuamente, quedando impresionadas al oír los relatos tan intrigantes que les contaba.

¡Cuantas cosas sabes Celia! —Le comentaban a menudo.

Si leyerais novelas como yo, no haría falta que nadie os contara relatos. Pues tendríais la satisfacción de aprenderlos directamente de los mismos autores que los han escrito.

¡Sí, pero a nosotras no nos gusta leer tanto como a ti!

Deberíais encontrar tiempo para leer. Es muy importante. El leer libros os ayudará en muchísimos aspectos, pues existen infinidad de temas que quizá sí os interesaran. Podéis elegir el que más os interese y ya está.

Bueno, tampoco nos hace tanta falta, para eso te tenemos a ti. Cuando queramos saber algo te diremos lo que tienes que leer y después nos lo cuentas.

¡Desde luego, sois de lo qué no hay!

La relación entre aquellas chicas era buena, aunque se dejaban ver rasgos de envidia hacia

ella, por ser tan aplicada y lista. De no ser por su gordura, aquellas muchachas envidiarían a más no poder, a aquella muchacha tan simple y buena que lo único que hacía era leer libros sin parar y estudiar en su casa.

Uno de los problemas que encontraba un aficionado a la lectura en aquel pueblo, era que no había Biblioteca y para ello tenía que pedir los libros a los profesores que se los traían de la gran ciudad, cuando iban los sábados por la tarde a la Biblioteca. Celia siempre tenía preparada su lista para aquellos profesores.

Durante el curso escolar se solían hacer viajes a la ciudad que no distaba en más que unos veinte minutos andando. Los maestros y las maestras iban enseñando a los alumnos los centros más importantes de la ciudad: El Ayuntamiento, El Juzgado, El Museo, La Biblioteca, etc., aunque algunos de ellos estuvieran compartiendo edificio. Hoy tenían que visitar la Biblioteca y allí se dirigieron a las nueve de la mañana y después de haber formado en filas indias a la puerta del colegio. Celia estaba muy contenta, pues sabía que hoy tocaba visitar la Biblioteca y eso le encantaba. No era la primera vez que la visitaban, pues era el centro en el que más se

reincidía. Allí los maestros colocaban a cada uno, en una mesa diferente fuera chico o chica y aunque cabían dos personas en cada una; así se hacía para evitar que se copiaran los trabajos, pues en esto consistía la visita. Los maestros elegían un tema que previamente ya habían preparado y lo exponían en la pizarra principal. Los alumnos tenían que buscar temas relacionados y redactar un escrito con referencia al tema expuesto. La redacción que más puntos obtenía, se publicaba en el tablón del colegio, eso era un orgullo para quien lo había desarrollado. Los maestros daban calificación al mismo y tenía valor para los exámenes trimestrales. Esta vez no hubo nada de especial, como otras veces se colocó un tema: "El Movimiento Nacional".

A Celia se le daba muy bien la redacción y el tema no era demasiado complejo, sólo había que buscar el vocablo en cualquier enciclopedia y simplificar los aspectos más interesantes para el trabajo. Una vez hecho esto se iban buscando una por una, cada una de las líneas elegidas y desarrollándolas ya específicamente por detalles. Así lo hicieron todos, algunos mejor que otros por supuesto y tanto como que, de unos trabajos a otros existían abismos. Hasta la gente que iba bien en el colegio,

sacando unas notas medias, sufría en estos ejercicios, pues no tenían suficiente capacidad de redacción y esto les dejaba en blanco a la hora de expresarse por escrito. Aquí es donde verdaderamente se expresaban tal y conforme eran en realidad y ella lo sabía. Celia solía terminar unos trabajos dignos de ser expuestos y durante mucho tiempo además, aunque los maestros solían considerar este aspecto desde diferente punto y se lo planteaban de forma para, no exagerar notas y suscitar la envidia en el resto de los alumnos, más cuando, siempre recaía sobre los mismos. Celia también lo sabía, una vez se lo dijo un profesor contestándole a sus reclamaciones justas: ¡Pero siempre igual! ¿Era ella, la qué tenía que sufrir por esto también? —Se comentaba a sí misma.

Esta vez y como casi siempre, Celia desarrolló un escrito digno de ser leído en público. Ella lo notaba al mirar al grupo de maestros y escuchar la lectura de su ejercicio, a manos de uno de aquellos, que lo estaba leyendo a los demás.

De vuelta al colegio, siempre se solían desmadrar los mismos. Eran los más inquietos y de los que los profesores ya tenían demasiada constancia. Solían llevarnos juntos a todos y muy a la vista,

aunque siempre ocurría algo que los despistaba y éstos lo aprovechaban. Los desmadres consistían en escaparse de las filas entre otras cosas por ejemplo, y aparecer sentados en el banco de la entrada del pueblo, cuando llegaban estas con maestros incluidos, declarando impunemente su facilidad para escabullirse del control. Así ridiculizaban a los maestros, y esto les hacía más gamberros aún. A más de uno le había costado un cero en las notas y otros, los más exagerados ya habían sido expulsados, con el inconveniente de no poder sacarse el Graduado; esto les marcaría una línea de vida desde la infancia, de la que toda la vida se arrepentirían. Era una verdadera pena, pero era así de sencillo, porque algunos de aquellos muchachos eran listos para estudiar y hubieran sacado adelante muy bien sus estudios, al menos los primarios, de no haber elegido el camino del gamberrismo y las faltas de asistencia incluidas.

Con las amigas más arrimadas de Celia, también y de vez en cuando solían juntarse otras de la clase, formando grupos reducidos, que salían a jugar por las tardes hasta el anochecer a los juegos típicos de la época; aunque para algunas de ellas más espabiladas ya, sólo era una excusa para acer-

carse a los chicos de las motos, que paraban en el puente de la entrada del pueblo para llevárselas a pasear y toquetearlas lo que podían. Remedios y Ana, eran dos de ellas. Remedios y a Ana no eran buenas estudiantes pero lo que si que se les daba bien era las relaciones con los chicos más salidos del pueblo, también famosos en sus clases respectivas. Juntos montaban unos saraos de miedo. No hacía falta ninguna, que los chicos contaran lo que hacían con ellas, pues se adivinaba sin grandes esfuerzos. Estas edades son peligrosas para este tipo de experiencias, pues de no haber sujeción y control por parte de los padres, se solían producir escándalos de mucho cuidado. En el pueblo ya había un matrimonio de muy corta edad, en el que ella ya había parido a los quince años y viviendo con sus respectivos padres, tenían que ir a trabajar como los adultos para poder el día de mañana independizarse y vivir de sus propios recursos. ¡Una lástima!

Celia había comentado a su maestra que quería ir a la Biblioteca ella sola, y traerse un libro que necesitaba leer. No lo había hecho nunca, pero algún día tenía que decidirse y sus padres lo habían autorizado. El camino era de sobra conocido, ya lo sabía de memoria de tantas veces que habían ido en

formación, y solamente ofrecía peligro en uno de los tramos en el que había que cruzar el Término Municipal por una senda entre naranjos y en la que por otra parte, siempre había alguien que iba o venía. Era el camino más corto para acceder a la ciudad. Celia al ir sola, no quería cruzar por allí. Había decidido ir por la carretera, que, aunque de tierra también y lindante con campos de naranjos por las dos partes, era mucho más ancha y recta, con alguna que otra caseta entremedias ofreciendo mucha más seguridad. Previamente al viaje, Celia comentó a María y a Josefa, su intención de viajar sola a la Biblioteca, invitándolas a ir con ella. Ninguna quiso acompañarla. Era un tema que no les interesaba, pues ya tenían bastantes libros con los del colegio. —Le comentaron.

* * *

La tarde era de sol intenso aunque por otra parte muy apetecible para pasear si se aprove-

chaban las sombras. Celia tenía que ir y volver antes de anochecer, era la única base impuesta por su padre que había decidido autorizarla a ir, por que alguna vez tenía que hacerlo y Celia ya lo necesitaba.

Con su mochila al hombro, Celia inició su camino hacia la Biblioteca. Aprovechó que vio a una vecina que se dirigía también al centro de la ciudad y se le acercó, para caminar juntas. Aquella mujer también le vino muy bien que Celia la acompañara y de esta forma, conversando caminaron juntas hacia el centro, donde una vez ya en la entrada del gran Paseo de las Germanías, aquella mujer se despidió de ella, dejándola ya sola el resto del camino, por que Celia se dirigía al mismo centro de aquella urbe.

No tardó en divisar la gran puerta de aquel edificio antiguo que aparecía despejado de vehículos en su fachada, al fondo de una pequeña plaza de recreo, pues estaba bien protegido contra los estacionamientos de los pocos turismos que se atrevían a adentrarse en el centro y de los carros de caballerías; unos bolardos incrustados en su ancha acera se encargaban de aquella función, aunque entre ellos, todavía se colaba algún que otro carrito de tracción manual, que servía para llevar todo tipo de

objetos de los "ordinarios", de acá para allá o de allá para acá. Unos mozos con no más uniforme que una gorra, donde aparecía el nombre de la empresa de transportes, eran los que tiraban de aquellos carritos, ayudados de una correa que se pasaban por el hombro derecho. Aquellos carritos le hacían mucha gracia a Celia, pues casi siempre llenos de paquetes pesados iban precedidos de los mozos acalorados, tirando como animales. El tamaño de aquellos carritos ya había sido diseñado para ser tirado por personas. Sus ruedas altas y finas llevaban la banda de rodadura de hierro que les hacía sonar por los adoquines, con un sonido muy característico. Celia se quedó mirando uno de ellos que había estacionado en la puerta de la Biblioteca, era de color verde y en sus laterales habían pintado en blanco el nombre de la empresa. Tres de faltas de ortografía llamaron la atención de Celia, que soltó una ligera sonrisa "Trasportes Lopes". ¿Cómo podía ser qué en sólo dos palabras, hubieran cometido tres faltas de ortografía? No sólo no era nada bueno el nivel cultural de la empresa de transportes, sino que, el de la empresa de pintores lo ganaba. Aquella sonrisa dejó entrever aquella dentadura blanca y perfecta de Celia, quien se llevó la mano a la boca rápidamente

para taparse, pues estaba saliendo el mozo del carro y la había pillado burlándose del rótulo. Aquel mozo, con gorra incluida y puesta de lado, donde también aparecía el mismo rótulo, se acercó a Celia:

¡A ver si te crees qué no sé de qué te ríes, hermosa!

¡Ah sí! ¿Y de qué me río?

¡Pues de qué te vas a reír! Del rótulo, ¿o no?

¡Pues sí! Es que en sólo dos palabras han cometido tres faltas de ortografía y esto me ha hecho gracia.

Yo ya se lo he dicho al Jefe un montón de veces, pero es muy testarudo y no me hace caso. Dice que esas cosas no tienen importancia, que lo único a lo que una empresa debe dar importancia, es a tener trabajo sin parar; y cómo se ríen de él y no de mí, al fin y al cabo que más da. Yo, ya se lo advertí y no pienso hacerlo más veces.

¡No me he reído de burla sabes! Es que me ha hecho gracia, sólo eso.

¿Cómo te llamas bonita?

Un talante descarado caracterizaba aquellos mozos, de arrastre y reparto.

Aquel mozo tan simpático le estaba pre-

guntando su nombre. Aún no había terminado de pronunciar la frase y Celia ya había cambiado sus colores de cara. El mozo lo notó inmediatamente.

No te ruborices hermosura, que no he pretendido ofenderte. Continuó aquel mozo muy descaradamente, acercándose más a Celia. ¿Si me dices tu nombre, te invito a tomar un café en la ventanilla de aquel Bar de allí enfrente?

Celia no lo hizo por el café, pero algo dentro de ella le decía que tenía que aceptar aquel café. Aquel mozo, que por una parte parecía tan descarado, por la otra se mostraba muy amable y educado y esto Celia lo adjudicaba a su juicio, como de una gran personalidad.

Me llamo Celia. ¿Y tú?

¡Dios mío, qué nombre tan precioso! Te hace juego con tu belleza y simpatía.

De nuevo, Celia volvió a enrojecerse y esta vez se le notaba tanto que ya no podía disimular, pero seguía adelante. Era su primer contacto directo con un hombrecillo ya, que no era de su pueblo, ni tenía nada que ver con el.

Yo me llamo Esteban, continuó y no creas que es esto todo lo que hago, también me gusta venir a la Biblioteca para leer libros como a ti.

¿Cómo sabes que vengo a leer libros?

Tengo mucha imaginación y conozco muy bien a las personas, solamente con mirarlas.

Esta bien, te acepto la invitación, pero rápido por que todavía tengo que hacer unas cosas y volver a mi pueblo antes que anochezca.

¡Venga vamos! Remarcó el mozo.

En el corto trayecto que separaba la puerta de la Biblioteca con aquel Bar, Esteban iba contando a Celia, algunos detalles de su vida y las circunstancias por las cuales en la actualidad andaba tirando de aquel carro de recados. Entre los dos se entabló una conversación que hizo crecer una amistad, hasta incluso quedaron para verse en otra ocasión cuando ella volviera a la ciudad. Para Celia, aquello era toda una experiencia, pues su carácter abierto, extrovertido y dinámico, aminoraba lo de su aspecto físico que se imponía al verla y a la gente solía caerle muy bien. Por otra parte sus largos cabellos tan bien peinados, negro azabache relucientes y recogidos con su goma en la parte baja de la nuca; sus limpios y bien planchados vestidos, así como el aroma de frescura que dejaba en el aire, atraían la atención de toda la gente que se cruzaba con ella.

A Esteban parecía gustarle y eso para ella,

era importantísimo. Aquel muchacho le había estado contando que estaba trabajando en aquella empresa temporalmente. Su padre ya jubilado había caído enfermo y tenía que ayudar a su madre, también muy mayor, con el poco sueldo que podía conseguir, pero que a él, le gustaba estudiar; pensaba continuar algún día y sacarse una carrera. Le gustaba mucho la medicina y se había propuesto ser médico de mayor.

Celia, en ningún momento hubiera pensado de no haber sido por hablar con él, que aquel muchacho, tuviera tanto interés para la lectura y el estudio. Aquello contrastaba y mucho con el pensamiento tan diferente de aquellos chavales de su pueblo. Era increíble. El hecho que estuviera llevando toda la carga de su reducida familia y aún tuviera ganas para leer y estudiar, impresionó a Celia, aunque había algo más que la atraía, y de lo que también tomó buena cuenta.

Esteban continuó con su carro después de despedirse de Celia, no sin quedar para otra ocasión, que citaron en la misma Biblioteca, aunque sin concretar fecha ni hora.

La entrada a aquella Biblioteca, situada en la primera planta de aquel edificio que albergaba

también a los Juzgados en sus bajos, era preciosa. Unas escaleras a la parte derecha de aquella majestuosa entrada, llevaban a la gran sala. Aquellas escaleras, era lo que menos le gustaba a Celia, pues subían algo empinadas y sus bordes de madera, ya estaban romos y resbaladizos de tanto haberlos pisado. Siempre le había costado subirlas, para ello se ayudaba de sus manos acompañando a las rodillas al doblar y apoyándose en las barandillas también de madera adheridas a la pared. Ella solía subirlas despacio, observando como por su izquierda, los chavales de su misma edad corrían hacia arriba y hacia abajo como cohetes, pero ya estaba acostumbrada.

Después de haber recogido el libro que buscaba y del que se había comprometido devolver a los tres días, inició el viaje de vuelta.

Recorrido todo el bulevar central, enfiló la carretera del pueblo, que ya tomaba carisma de camino, al terminarse los adoquines de aquella última calle que cerraba el casco urbano de aquella gran ciudad. Los huertos de naranjos aparecieron enseguida a derecha e izquierda, las acequias de riego iban hasta los topes en algunos tramos y eso le permitía de vez en cuando, arrodillarse en aquellos sifones sobre los matojos de hierba nueva que nacía

en sus alrededores, para echarse agua a la cara y refrescarse del calor de aquella calurosa y sofocante primavera, que había entrado sin llamar antes de su tiempo. Los agricultores ya habían empezado a regar los huertos y algunos de ellos estaban anegados hasta los topes, como el que tenía enfrente. Las flores de azahar empezaban a pulverizar con su aroma los aires, anunciando la entrada de la noche.

Celia se arrodilló en aquel montículo que le permitía agacharse hasta el emerger de aquellos borbolleos de agua de motor de riego recién nacida, destinada a volver otra vez a su hogar, después de haber refrescado las raíces de aquellos sedientos naranjos. De repente, notó como desde atrás la empujaban fuertemente. No pudo evitar caerse, pues la habían desequilibrado completamente. Su cuerpo resbaló sobre aquella tierra encenagada y su rostro quedó medio hundido en el fango. No le dio tiempo a nada, ni siquiera a gritar. De pronto, escuchó detrás suyo unas carcajadas de chicas, que se burlaban de ella:

¡Mira la gorda! ¡Ahora es la gorda fangosa!

¡Sí, sí! ¡Ahora la llamaremos la gorda fangosa!

¡Ja, ja, ja, ja, ja!

¡Te vamos a dar un baño completo de barro! ¿No dicen por ahí qué es tan bueno para el cutis?

Entre carcajadas, e insultos, aquellas muchachas se estaban burlando de Celia, que conforme podía, escupía barro y limpiaba sus ojos de fango con las manos; pringándose más a cada vez que intentaba liberarse de la viscosidad que le impedía ver nada, intentando salir de aquel barrizal, resbalándose y volviéndose a caer al suelo una y otra vez. No las podía ver bien cuando las miraba, pero no hacía falta ninguna, sabía muy bien de quien se trataba, eran sus voces.

Sus tres amigas, o las que ella consideraba amigas, conjuntamente con las terroríficas Remedios Olivares y Ana Sánchez, que eran las verdugas, estaban mostrando toda su envidia concentrada, porque Celia a pesar de su gordura, despertaba envidias entre sus amigas, por su talante, su simpatía, su belleza interna y su inteligencia. Ella ya lo había notado varias veces pero no esperaba nunca que se atrevieran a hacer lo que estaban haciendo, quizá la incorporación de aquellas dos víboras espabiladas y flojas del pueblo, les permitió liberarse del

sentimiento y dar el paso inducidas.

Pero allí no había terminado nada todavía, al contrario, la pesadilla no había hecho más que empezar. Volvió a notar como Remedios la estiraba de los tirantes de su vestido y la volvía a tirar al suelo, al mismo tiempo Ana se había colocado a la parte contraria y con un fuerte tirón de sus cabellos ahora de color rojo arcilla, volvió a introducir su rostro en aquel barrizal del que ya había casi conseguido salir. Estaba de nuevo en el suelo y llena de barro hasta por dentro. No podía defenderse de tan feroz ataque y de varias a la vez. Por detrás notó un fuerte tirón de su vestido y un crujir le dio a entender que se lo habían desgarrado, continuaron tirando, hasta desposeerla por completo del mismo. Celia ahora estaba medio desnuda, sólo las bragas y el sujetador, le cubrían sus intimidades. Estaban rompiendo el vestido a trozos estirando todas a la vez como hienas ante una presa muerta recién descubierta.

¡Mirad qué vestido más bonito llevaba puesto! ¡Es de cuatro trozos!

¿Qué estampado no?

¡Sí, sí, estampado en barro y mierda de gorda!